

Noticias y comentarios

Evolución de una ciudad reconstruida: Agadir

INTRODUCCIÓN

La estrategia urbana se mide por la capacidad que sus actores —con intereses y objetivos a menudo divergentes— demuestran, con vistas a poner en práctica los objetivos trazados. En Marruecos, es el Estado quien asume el cargo de elaborar los planes de urbanismo, así como el control de su puesta en práctica y la realización de los equipamientos públicos. Es él quien tiene la tutela de los grandes operadores de la promoción inmobiliaria (ERAC, CGI, ANHI, Attacharouk, SNEC), y el que coordina y controla las parcelaciones privadas. En este contexto, es decir, en el ámbito de la planificación urbana marroquí, se considera a Agadir como ciudad de referencia, habida cuenta que casi tuvo que ser reconstruida por completo, después del episodio sísmico que la hizo tristemente famosa.

Después del terremoto de la noche del 29 de febrero de 1960, la ciudad fue concebida según un urbanismo funcional, un estricto control de la propiedad inmobiliaria y una arquitectura en ruptura con la tradición árabe musulmana. Es fruto de una verdadera voluntad del poder público para elaborar una “política urbana”. En su reconstrucción se optó también por un estricto control de la obra —y a veces de las obras— en vez de, por ejemplo, indemnizar o ayudar a los propietarios mismos para que reconstruyeran sus inmuebles. Se han privilegiado, y denodadamente, opciones urbanísticas en ruptura con el pasado urbano de la ciudad y en desfase con la

realidad sociopolítica marroquí de la época. Lo que confiere a la ciudad un lugar original entre las ciudades tanto marroquíes como árabes y africanas.

LA CIUDAD ANTERIOR AL 29 DE FEBRERO DE 1960

Agadir, palabra beréber que significa “granero colectivo y difícilmente accesible” fue fundada en 1505 por los portugueses bajo el nombre de Santa Cruz del Cabo de Ghir. En 1541 fue ocupada por el rey Mohamed El Shaïkh Saâdi quien construyó la alcazaba y desarrolló el puerto comercial que llegó a ser uno de los más dinámicos de Marruecos. En 1764, y para castigar la insumisión de la población de la región del Souss, el sultán Mohamed ben Abdallah cerró el puerto y fundó Essaouira, que pronto se convirtió en una ciudad portuaria tan dinámica como lo había sido Agadir hasta ese momento. Al perder su función comercial, Agadir se convirtió en un pueblo de pescadores casi olvidado. Habría que esperar al incidente del buque alemán Panther, en 1911, para oír hablar de nuevo de Agadir.

En 1913, ocupada por las tropas francesas, su puerto se convirtió en base naval. En 1930 fue declarada municipio y su puerto reabierto al comercio internacional, lo que llevó consigo la decadencia de Essaouira. También por éstas Agadir se consolidaba como escala importante de varias líneas de correo aéreo. Según un plano en herradura de Prost, colaborador del mariscal Lyautey, en 1928 se crea la ciudad nueva. Como en el resto de Maruecos, el binomio Lyautey-Prost provocaba la separación entre la ciudad tradicional y la ciudad nueva, facilitada por los amplios poderes de que disponía el primero y la experiencia urbanística del segundo, que ya había aplicado antes en el plano de extensión de Amberes. Inmediatamente después de la segunda guerra mundial, Agadir se desarrolla para convertirse en una ciudad-balneario importante, calificada por los colonos de “pequeña Niza”. Los capitales fluyen y la construcción del puerto en 1949 refuerza este crecimiento económico acompañado por un aumento de la población. De 1.000 habitantes aproximadamente, en 1914, la población pasa a 9.000 en 1940, luego a 12.300 en 1947 y 38.000 en 1956. Este crecimiento demográfico fue acompañado por una fuerte especulación inmobiliaria en tierras que habían sido colectivas, inhibiendo la construcción en numerosas parcelas. A lo que se añadía una topografía de barrancos excavados por corrientes intermitentes de agua, que limitaba el crecimiento superficial de la ciudad, que se hallaba dividida en tres entidades separadas.

En 1947, el arquitecto Ecochard elabora un plano de acondicionamiento de la ciudad y sus alrededores, que se extienden sobre diez kilómetros de largo y seis de ancho, con el objetivo de proteger las zonas agrícolas, de evitar la extensión anárquica de la ciudad y orientarla para superar los obstáculos naturales y darle una cohesión urbana. Este plano, calificado de “agrupación de urbanismo Agadir Sur-Este”, fue aprobado el 26 de enero de 1952. En las vísperas del terremoto que detuvo brutalmente su crecimiento, la ciudad contaba con cerca de 46.000 habitantes repartidos en seis barrios: Ciudad Nueva, Alcazaba, Talborjt, Funti, Ihchach y Khiam. El terremoto del 29 de febrero de 1960 —a la 23 horas 41 minutos—, de una magnitud de 5,9 en la escala de Richter, cuyo epicentro se situó a 60 kilómetros mar adentro, destruyó una gran parte de la ciudad. La Alcazaba, Ihchach y Funti, o sea la parte norte que se halla en una zona plegada, agrietada e inestable, fueron arrasados. Hubo daños más o menos considerables en el resto de la ciudad con un total de 90% de destrucción en Talborjt, 70% en el barrio administrativo, 60% en la parte que se sitúa frente al mar, y menos de 50% en el resto de la ciudad. Las pérdidas humanas fueron considerables: entre 15.000 y 20.000 víctimas y 3.000 heridos, entre los cuales 1.200 en estado grave.

Para los geólogos, R. Ambroggi entre ellos, este terremoto no era más que una reminiscencia de actividades lejanas; la ciudad había conocido previamente movimientos sísmicos, como los de 1731 ó 1733, documentados históricamente. Este desastre natural que hundió a los sobrevivientes en un estado de letargo psicológico fue acompañado por un éxodo masivo hacia los centros de Inezgan y Ait Melul, donde 14.000 personas encontraron cobijo en campamentos improvisados. Apenas 17.000 personas permanecieron en Agadir, en los barrios menos dañados por el terremoto. A pesar de un reflujo precoz de la población, ya que los primeros retornos fueron registrados en 1961, habría que esperar hasta 1969 para la ciudad volviera a tener su población de antes.

AGADIR Y EL URBANISMO MARROQUÍ, UNA EMPRESA CONTROLADA POR EL ESTADO

Este desastre natural se produjo en un momento en que el país estaba en plena estructuración: apenas cuatro años después de la independencia y un año antes de la muerte del rey Mohamed V y la subida al trono de S. M.

Hassan II, lo que dio a la operación de reconstrucción un carácter emblemático. Apenas cinco días después de la catástrofe (el día 3 de marzo), el rey Mohamed V anunció la reconstrucción de la ciudad: un acto de afirmación nacional que requirió la movilización de todos los marroquíes mediante la institución de un impuesto de solidaridad sobre el azúcar desde julio de 1960, que permitió recaudar cerca de 350 millones de dirhams. En efecto, frente a la lentitud de la ayuda extranjera, y para mantener su libertad de acción, los poderes públicos optaron por esta vía de financiación nacional. La coordinación de los trabajos de reconstrucción tanto públicos como privados se haría bajo la tutela del "Haut Commissariat à la Reconstruction d'Agadir" (HCRA), creado en julio de 1960, que tenía también los poderes jurídicos y financieros, sobre todo en materia de expropiación, de acondicionamiento territorial, de licencias de construcción y reventa de terrenos viabilizados y viviendas construidas. La transferencia del conjunto de las competencias de urbanismo, acondicionamiento y construcción a un solo organismo permitiría llevar a cabo las operaciones de reconstrucción rápidamente. Hasta 1965, la dirección del HCRA corría a cargo de altos funcionarios; luego fue el gobernador quien, además de sus funciones, asumía la de comisario. En ambos casos la edificación de la nueva ciudad se hizo sobre premisas exclusivamente simbólicas y técnicas, sin que se admitiera ningún debate o sanción, imponiéndose como lógica autónoma. Esta "bicefalia", a la vez técnica y decisoria, facilitó el trabajo de los especialistas y permitió alcanzar muchos objetivos, haciendo de Agadir una ciudad modelo desde el punto de vista administrativo: un éxito de proyecto urbano.

Para permitir a los encargados del acondicionamiento territorial actuar sin sujeción a los constreñimientos inmobiliarios, los terrenos necesarios para la reconstrucción fueron declarados de utilidad pública. De manera que, excepto las propiedades no dañadas o reparables, la casi totalidad de los terrenos se convirtió en propiedad del Estado, es decir de la municipalidad. Tras el acondicionamiento de los terrenos el Estado los retrocedió en primer lugar a los damnificados y en segundo lugar a cuantos deseaban invertir en Agadir con la condición de que ambos respetaran las normas técnicas y arquitectónicas establecidas. Además, los beneficiarios tenían que reconstruir en un plazo de un año, si no, se les quitaría el terreno. Sin embargo, este procedimiento, considerado como un éxito por sus progenitores y como modelo por los investigadores, se vio, desgraciadamente, limitado a una parte del territorio municipal.

El plan de acondicionamiento territorial fue concebido en un clima de euforia general, durante el mes de agosto de 1960, seis meses después del terremoto, por un servicio de urbanismo que, deliberadamente, quería romper con el pasado. Había que aceptar el reto y elaborar los planes de una ciudad capital regional moderna, demostrando así cómo un país recientemente independiente podía afrontar una catástrofe. Para evitar los retrasos, el Estado tomó la decisión unilateral de cortar por lo sano y, como si fuera en un terreno desierto, crear una ciudad modelo adoptando voluntariamente un urbanismo modernista. La resolución de desplazar el centro de la ciudad un poco más hacia el sur se impuso para evitar la zona de alto riesgo declarada sitio inconstruible. Se trataba, pues, de un terreno muy accidentado que habría que allanar y que requería técnicas de construcción costosas. Además, había que ir muy de prisa por respeto a los muertos y por evitar posibles epidemias, sin que por ello se provocara la sensibilidad de los sobrevivientes ni correr el riesgo de crear la psicosis de una nueva destrucción.

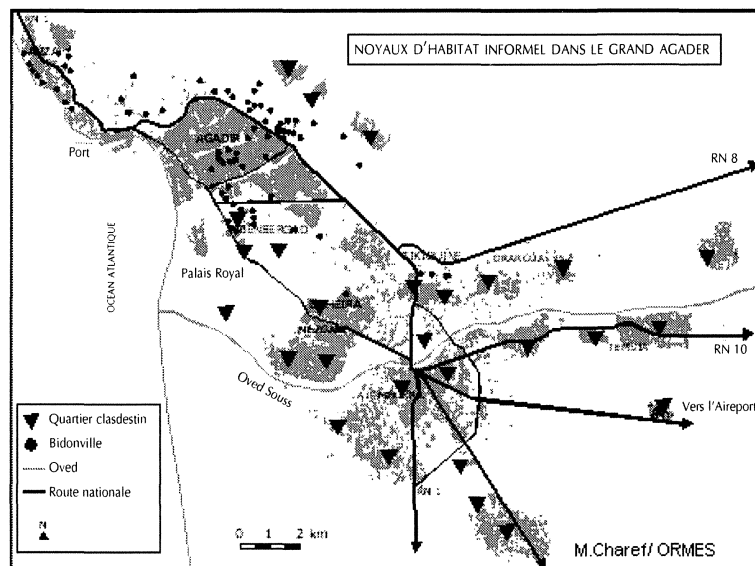
De esta forma se quiso hacer de la reconstrucción de Agadir un símbolo del modernismo, una apuesta al futuro y también un desafío al subdesarrollo. La reflexión de los autores del plan giraba en torno a las ideas siguientes: 1. crear un nuevo centro, elemento dominante de la ciudad y encrucijada de sus actividades 2. garantizar el renacimiento del sector comercial tradicional, integrando Talborjt al nuevo centro de la ciudad 3. crear un barrio administrativo que reuniera todos los servicios provinciales, antes dispersados 4. conciliar el desarrollo de las actividades industriales y turísticas 5. garantizar el mejor desarrollo posible a los sectores residenciales periféricos. Para realizar estos objetivos fue concebido un plan ortogonal, dividiendo la ciudad en cinco barrios autónomos: el centro urbano, el centro administrativo, el Nuevo Talborjt, el Sector turístico y balneario (STB) y los barrios industriales.

En un principio, la "elección urbana" resultaba difícil de entender para los habitantes, por su carácter foráneo y por ser inasequible para un amplio sector de la población. La ciudad reconstruida se resentía de que se hubiera minimizado el peso de las imágenes y de los mitos para favorecer las perspectivas funcionalistas, asépticas, monótonas. Ciertamente es que no podemos crear un imaginario de repuesto en un espacio de tiempo relativamente corto. Hay que dar tiempo al tiempo para deshacerse de lo anterior e interiorizar el presente. Tarea difícil, habida cuenta que faltan lazos físicos entre el pasado y el presente; lo que refuerza ese sentimiento de estar en presencia de una ciudad huérfana en lo que a sus relaciones con la historia, la memoria y a los símbolos se refiere.

EL CRECIMIENTO DE AGADIR

En 1970 Agadir alcanza de nuevo la población que tenía antes del terremoto. Desde entonces el crecimiento demográfico no ha dejado de mantenerse gracias a un éxodo rural constante, a una notable inmigración urbana procedente del resto de las ciudades de Marruecos y a su natural impulso demográfico. La población pasa de 46.000 habitantes en 1960 a 95.049 en 1982, y a 155.244 en 1994 para alcanzar cerca de 203.000 habitantes actualmente. Pero estas cifras no reflejan la realidad, pues sólo toman en consideración el perímetro del municipio de Agadir. Ahora bien, en el umbral del tercer milenario, Agadir no puede sustraerse de su entorno vital, de su área urbana, o por lo menos de lo que denominamos el "Gran Agadir", que comprende las ciudades de Agadir, Anza, Bensergao, Tikiouine, Inezgan, Dcheira y Ait Melloul, abarcando una superficie total de 159 kilómetros cuadrados y extendiéndose, en forma lineal, sobre 30 kilómetros, aproximadamente. La población de esta región urbana ha pasado de 25.000 habitantes en 1960 a 110.000 en 1971, 256.445 en 1982, 499.458 en 1994 y cerca de los 731.000 en 2003, lo que supone una tasa de crecimiento urbano del 10% desde 1960 en adelante. En la actualidad se observa ya un retroceso de la población residente en la ciudad de Agadir, que reunía al 53% de los habitantes de la aglomeración en 1971, al 47% en 1982, al 31% en 1994 y, probablemente, al 20% en 2002.

MAPA 1



Este fuerte crecimiento demográfico y esta dinámica urbana son fruto de una confluencia de varios factores. Primero, la puesta en marcha en 1971 de una política de desarrollo regional y la creación de siete regiones económicas entre las cuales se encuentra la región del Sur con capital en la ciudad de Agadir. En segundo término, el desarrollo del sector turístico que atrae a 200.000 turistas al año, convirtiendo a la ciudad en la primera playa del país, ofreciendo numerosas oportunidades de trabajo con sueldos bajos. En tercer lugar, la construcción de un nuevo aeropuerto, previsto para tres millones de pasajeros por año. En cuarto puesto se debe mencionar el despegue del sector industrial y en particular del agroalimentario, que por sí sólo emplea a cerca de 5.000 personas permanentemente, y a mucha más gente en régimen estacional. En quinto lugar hay que tener en cuenta el traslado del centro geográfico del reino, a raíz de la recuperación de las provincias saharianas en 1975, que ha asignado a la ciudad una función de enlace entre norte y sur, atrayendo a una gran población civil y militar. En sexto lugar debe constatarse la creación en 1984 de la única universidad que existe en la parte meridional del país y que atrae a una población estudiantil de cerca de 22.000 estudiantes en 2002. En séptimo y último lugar, el desarrollo del sector pesquero, la ampliación del antiguo puerto y el estreno de un nuevo puerto industrial y de un puerto de recreo.

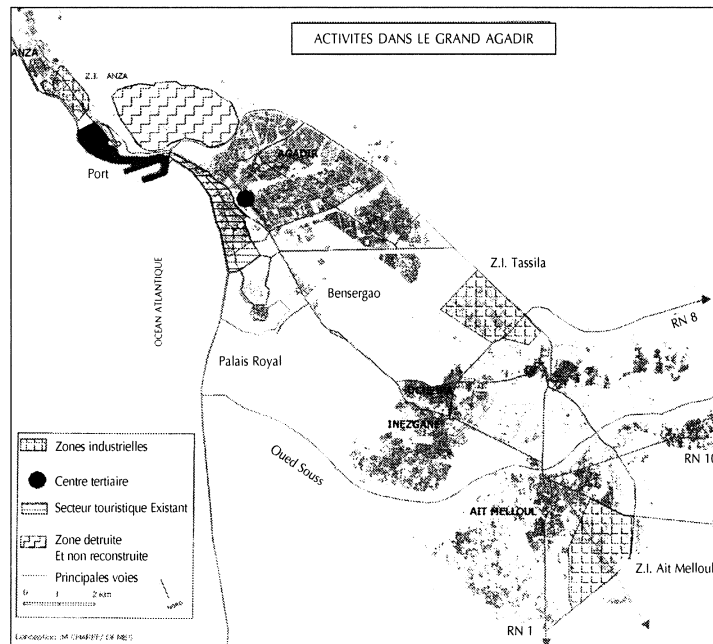
LA VIVIENDA, UN PROBLEMA RECURRENTE

Pero este dinamismo económico, que ha hecho crecer la ciudad y su población residente, coincide con una intensa crisis de alojamientos, con una debilidad notoria de equipamientos y con la insuficiencia de las infraestructuras. La lentitud de gestión y financiación de los poderes públicos no han permitido seguir el ritmo de la urbanización, y mucho menos dominarlo. Asistimos además a una concentración de equipamientos, servicios y empleos en delimitadas zonas de la ciudad de Agadir, en detrimento del resto de la aglomeración. Las demás ciudades de la aglomeración tienen sobre todo la función de ciudades dormitorio y a veces la de centro tradicional de servicios (Inezgan), o de núcleo industrial (Anza y Ait Melloul).

“Le logement est un des points les plus sombres du tableau du Maroc...” Esta triste afirmación ha aparecido en una de las publicaciones oficiales del ministerio de vivienda, urbanismo, medio ambiente y ordenación territorial. El problema de la vivienda insalubre atañe a más del 15% de la población urbana marroquí. Hay un censo aproximado en todo

Marruecos de 262.000 hogares en chabolas, que crece a un ritmo anual del 5,6% desde 1990, y de 520.000 hogares en viviendas en barrios infradotados, cuyo crecimiento desde 1990 es del 4,9%. Las causas esgrimidas para justificar el desfase entre la oferta (190.000 unidades al año) y la demanda (unas 900.000 unidades) son: el bloqueo inmobiliario, los mecanismos de financiación, y los sistemas de producción. Hay que subrayar el peso del sistema reglamentario que "est beaucoup trop exigent et tatillon pour la partie qu'il contrôle, ce qui constitue une véritable incitation à l'illégalité". Un nuevo Programa Nacional de reabsorción de la vivienda insalubre (PARHI) ha sido elaborado por el gobierno en el año 2003, para mejorar las condiciones de alojamiento a lo largo de los próximos diez años.

MAPA 2



Si prestamos atención al Gran Agadir, comprobamos que el problema de la vivienda es acuciante. Las estimaciones manejadas anuncian una cifra de 44.385 hogares que viven en barrios no reglamentarios: 17.790 en chabolas y 26.295 en viviendas insalubres. En términos relativos: el 44% de los hogares de Agadir viven en chabolas. En concomitancia, el 19% de viviendas de Agadir quedan vacantes, frente al 12% a nivel nacional, y un 4% de las viviendas son residencias secundarias, frente al 3% a nivel nacional. Este

número de viviendas vacantes se explica por la emigración internacional en la región, la función turística de la ciudad, la inestabilidad del mercado y el desequilibrio entre oferta y demanda que incita a la especulación. Para remediar el déficit de alojamientos se requiere la construcción de 40. 000 viviendas a nivel regional. La ciudad conoce una crisis aguda en lo que al alojamiento se refiere. Mejor dicho, las medidas urbanísticas que se están adoptando hacen inasequible la vivienda a un amplio sector de la población, empujándolo hacia los "pueblos clandestinos", adosados al Alto Atlas, que son auténticos barrios dormitorio de Agadir, construidos ilegalmente en suelo rural.

Desde su independencia, Marruecos ha intentado remediar el déficit de alojamientos y atender a una demanda manifiesta de "abrigo". Se han intentado muchas soluciones, como la mejora de la calidad de las chabolas ya construidas, la atribución de viviendas semiacabadas, la adjudicación de lotes acondicionados, etc. Mientras tanto, una autoconstrucción anárquica, pero consentida, tiene lugar en los barrios periféricos. Cómo apuntalar el proceso de consolidación de ese tipo de barrios que, en función de las oportunidades, aparecen en zonas marginales, abandonadas y contestadas, no es tarea fácil. Se necesita la colaboración de los representantes, del poder público y de los técnicos. Además, se necesita un aprendizaje social de los habitantes en el arte de la auto-organización participativa. En realidad, se trata de soportar lo precario, controlar la extensión de la construcción, gestionar y negociar las fases de contención, los rodeos y/o la corrupción según cada caso, dominar las técnicas para imponer una forma de legitimación antes de llegar a la regularización que se concretaría mediante la elaboración de una operación de reestructuración. En un contexto de urbanización desenfrenada, muy a menudo el deseo acaba por realizarse más rápido que lo que se esperaba. En general, frente al alto número de la población de algunos "barrios de chabolas", los poderes públicos acaban por ceder, proponiendo su absorción y/o su reestructuración.

LOS PROBLEMAS DERIVADOS DE UNA PLANIFICACIÓN DEFICIENTE

Existe un desfase manifiesto entre los objetivos de los documentos del urbanismo y la realidad urbana. Una comparación entre los dos indica que las herramientas de planificación desempeñan un papel de acompañamiento y legitimación de una realidad que los trasciende. La parte orientación, canalización, homogeneización y dirección de la evolución del crecimiento

urbano raras veces es aplicada; ello es así desde la redacción del plan Ecochard en adelante. Los tomadores de decisiones dan la impresión de correr tras una expansión urbana, en vez de adelantarse y anticiparse a su evolución. Esta situación origina múltiples anomalías: un espacio urbano poco visible y sin señas, importantes superficies mal utilizadas, vastos espacios públicos poco definidos y cuyo cuidado es difícil y costoso, zonas periféricas sin vitalidad funcional y un ambiente de obra sin acabar: espacios sin gracia, equipados deficientemente y difíciles de administrar.

Tras la disolución del HCRA en 1972, momento en que el acondicionamiento urbano está a cargo de la municipalidad y los servicios del ministerio de vivienda, tienen lugar varias parcelaciones. Hasta 1982 se mantuvo una falta de coordinación entre ambas instituciones, e incluso una cierta rivalidad, lo que favorecería la aparición de una anárquica distribución de tierras que da la impresión de haber sido ideada en función de las oportunidades inmobiliarias. Hasta tal punto que las chabolas albergaban a un total de 26% de la población de Agadir en 1978, frente al 11% para el resto del gran Agadir. Habría que esperar a 1978 para que se iniciaran los trabajos del "Schéma Directeur d'Aménagement et d'Urbanisme" (SDAU) del área urbana de Agadir. Las investigaciones preparatorias revelan una situación preocupante: crisis de viviendas, aumento de chabolas, viviendas clandestinas, carencia de infraestructuras, de elementos de primera necesidad (agua potable, alcantarillado, transportes...). El tejido urbano se extiende de una manera vertiginosa y anárquica. El desequilibrio entre Agadir y las ciudades cercanas es flagrante. Para atenuar esta hemorragia urbana, los redactores del SDAU, en este caso el Institut d'Aménagement de l'Île-de-France (IAURF) proponen esencialmente crear tres nuevos barrios (Dakhla al sur, Tama y Anza al norte) que servirán de polos organizados para dominar el desarrollo urbano.

La creación de estos polos tiene como objetivo satisfacer la demanda, aliviar la presión ejercida sobre Agadir y sobre todo anticiparse al crecimiento urbano controlando la expansión del área urbana de Agadir. Sólo Dakhla verá la luz. Además de las funciones arriba citadas, los redactores del SDAU pensaban que la creación de estos tres polos compensaría las opciones urbanísticas adoptadas en el momento de la reconstrucción, privilegiando un modelo que se correspondía más con el modelo árabe-musulmán. Desgraciadamente, la intervención directa de algunos tomadores de decisiones no sólo adulteró el proyecto inicial, sino también la manera de atribuir las parcelas, lo que agravaría el desequilibrio. La realidad actual no es más que una pálida copia del proyecto inicial.

En la renovación del SDAU de 1994 se mantuvieron las mismas soluciones para desarrollar una estructura urbana policéntrica, identificándose cinco entidades urbanas autónomas separadas unas de otras por espacios naturales protegidos: Agadir, Tikiouine, Inezgan, Dcheira y Ait Melloul. El nuevo plan proponía un refuerzo de las funciones urbanas de estos municipios mediante la creación de actividades económicas y la puesta a su disposición de equipamientos necesarios, con el objetivo de reducir su función de ciudades dormitorio. Al mismo tiempo se intentó orientar el crecimiento de Agadir hacia el Sur-Este a lo largo de la carretera principal RP40 que atraviesa un nuevo centro por desarrollar sobre el terreno del antiguo aeropuerto. Pero al final, los terrenos del antiguo aeropuerto pasaron a manos militares, por tratarse de una zona ocupada ya por numerosos cuarteles y cercana al nuevo palacio real.

En la región de Agadir es frecuente liberar grandes partidas de suelo urbano de un solo golpe, lo que, a menudo, supone numerosas partes interesadas y constreñimientos operacionales complejos, lentos y pesados en su elaboración y gestión, pero muy propicios para todo tipo de especulaciones. Pues existe una rica reserva inmobiliaria constituida por los márgenes inutilizados de las grandes fincas públicas o privadas. Desgraciadamente, no existe recomendación del SDAU que no sea violada impunemente, repetidas veces.

La conjunción de la inflación de los costes inmobiliarios, la escasez de los terrenos propiamente edificables en los municipios de la primera aureola y la transformación progresiva del "centro oficial" donde se concentran los edificios de los servicios a expensas de las viviendas obliga a muchas personas a construir en las zonas rurales, y a las autoridades a reconocer el hecho consumado.

Casi todas las acciones que se han sucedido desde la independencia han intentado resolver este problema obrando sobre lo existente sin ninguna aproximación prospectiva. La lógica de los poderes públicos debería garantizar, pero no garantiza, "las condiciones de la ciudad", la mejora de las infraestructuras y de los espacios públicos antes de que las iniciativas privadas conviertan el proyecto en algo difícil o imposible de realizar. Esta política se acompaña de una pérdida del valor inmobiliario, un mal uso de las potencialidades de cada espacio, una gestión costosa, y la negligencia de las normas sísmicas. Lo mismo se puede decir de la política de medio ambiente, o de la del transporte público, por ejemplo. En el caso de Agadir, la definición de las líneas de políticas de desarrollo urbano controlado ha resultado manifiestamente insuficiente. Es imprescindible encontrar los

medios eficaces de aplicación, para terminar con la costumbre de arreglar los problemas mediante parches.

A MANERA DE CONCLUSIÓN

Para remediar esta situación, los poderes públicos han tomado una serie de medidas técnicas e institucionales: creación de una "wilaya" (división administrativa de la antigua provincia), división municipal, elaboración de un nuevo SDAU, creación de una agencia urbana, concesión del estatuto de ciudad a seis de los siete municipios de que consta el gran Agadir, refuerzo de las actividades de grandes operadores de la promoción inmobiliaria (ERAC-Sud y ANNHI), y la fusión en septiembre de 2003 de Agadir, Anza y Bensergao.

En realidad, la multiplicación de las intervenciones directas o indirectas en la gestión de la ciudad y de la aglomeración origina pesadez, disfunción, importantes carencias y superposición de intereses. En pocas palabras, los mecanismos de decisión se han vuelto más complicados. Probablemente habrá que optar por un sistema que clarifique y determine las responsabilidades. En materia de urbanismo no basta con constatar el crecimiento e identificar los problemas, sino dotarse de los medios necesarios para controlar dicho crecimiento y hacerle más coherente económica, espacial y socialmente.

El presente artículo ha sido traducido del francés por H. Ergali, Département de Langue et Littérature Espagnoles, Faculté des Lettres et des Sciences Humaines, Université Ibn Zohr, Agadir. La versión española del texto ha sido cuidadosamente adaptada por Juan Antonio Cebrián.

Mohamed Charef

*Faculté des Lettres et des Sciences Humaines,
Université Ibn Zhor, Agadir (Marruecos)*